

Argentina y Uruguay

EL BIFE DEL MIEDO

Por Carlos SUAREZ

Los dictadores sudamericanos —hoy vestidos con traje y corbata— hacen lo imposible por mantenerse en el poder y para ello aplican todas las fórmulas a su alcance, como son las bandas paramilitares "fuera de control" que secuestran a los militantes populares, lo cual no es un hecho nuevo en la historia represiva de Argentina y Uruguay.

La política del secuestro ha hecho célebres a ambos países. El primero tiene el record, debido a la tenaz resistencia de los núcleos trabajadores que se oponen a la dictadura de Jorge Videla. En Uruguay, desde 1971, los comandos policíacos intentaban sembrar el terror con bombas y asesinatos. El miedo fue factor paralizante de las luchas populares; pero entonces la respuesta era otra y esos hechos obraban en el campo popular como un acicate para redoblar la lucha y desenmascarar al enemigo, mostrando la crueldad de sus procedimientos y desentrañando su fondo criminal.

El proceso iniciado en Uruguay en 1972, y en Argentina un año después, agudiza la persecución a todos los niveles. Por un lado cayeron todos aquellos que se comprometieron con el Frente Amplio que postulaba al general Liber Seregni —actualmente encarcelado—, y por el otro los que apoyaron al doctor Héctor J. Cámpora, candidato del Frente Justicialista de Liberación peronista. Se quemaron y secuestraron ediciones enteras de José Martí, Manuel Ugarte y hasta de Hans Christian Andersen. Quedaron proscritas las letras de tangos célebres que hablaban de huelgas, hambre y pobreza, pretextando defectos de grabación.

Uruguayos y argentinos enfrentaron la violencia por igual. Derrotaron a la represión muchas veces. Entonces las dictaduras pusieron manos a la obra para quebrarlo. En Montevideo, Juan María Bordaberry presionaba a Alejandro Lanusse para que prohibiera, encarcelara, torturara —la picana eléctrica es método común—, internara, expulsara, amenazara o entorpeciera las actividades de los residentes uruguayos en territorio argentino. A medida que el proceso iniciado por Cámpora se fue haciendo a la derecha —por gracia de José López Rega, el Rasputín de opereta— y que la im-

unidad de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) se hizo más notoria, la policía y el ejército uruguayos fueron obteniendo más facilidades para su desplazamiento. Comienza así la concertación represiva de dos gobiernos igualmente asesinos.

Argentina en general, y Buenos Aires en particular (además de ser un territorio donde las fuerzas populares han resistido la persecución más despiadada) se ha convertido en centro oficial de la represión, donde operan con absoluta libertad los criminales a sueldo de dictaduras. Vale la pena recordar las muertes violentas de los generales Carlos Pratts y Juan José Torres, de Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. Los cuatro asesinatos fueron coordinados desde Santiago de Chile, La Paz y Montevideo. En las calles aparecen opositores acribillados. En los campos y terrenos baldíos sus cadáveres son volados para evitar reconocerlos. Las oficinas de servicios de seguridad son recorridas por padres que buscan a sus hijos y por hijos que quieren saber qué pasó con sus padres.

El primer indicio de intercambio, a nivel de secuestros, fue el caso de cuatro ciudadanos uruguayos de apellidos Rodríguez, Pilo, Iparraguirre y Alvarez, que fueron salvajemente torturados, a pesar de estar bajo la protección de la Organización de las Naciones Unidas. Finalmente fueron expulsados del país. En diciembre de 1974, aparecen tres cuerpos destrozados: fueron en vida de Daniel Benfi, Guillermo Jabif y Luis Latrónica, secuestrados tres meses antes. Hugo Cores —dirigente político uruguayo— fue detenido por elementos de la custodia presidencial de Isabel Martínez. Logró ser liberado por presiones internacionales.

La situación de los refugiados políticos en Argentina es tan grave, que incluso los niños son víctimas directas de la represión política. Son utilizados como chantaje, con sus padres encarcelados y sometidos a toda clase de violencias. La detención de infantes es uno de los aspectos más odiosos y condenables de esa represión. Desde aquí recordamos la denuncia hecha por nuestro compañero Luis Gutiérrez Esparza en su columna editorial, cuando preguntó a los represen-

El Sol

EL BIFE
DEL MIEDO

Viene de la Página 4

tantes diplomáticos de Jorge Rafael Videla en México por la suerte de Amaral García, que tenía tres años en noviembre de 1974; Simón Antonio Riquelme, de veinte días de nacido en julio de 1976; Mariana Zeffaroni Islas, con año y medio en septiembre del mismo año; y Anatole y Victoria Julien Grisonas, de cuatro y un años al momento de ser arrestados con sus padres, el 26 de septiembre de 1976. Hasta hoy no se han tenido noticias de estos y muchos otros secuestrados. No hay nada que justifique estos hechos aborrecibles llevados a cabo contra inocentes, sean mayores o menores de edad. ¿Quién se responsabiliza? ¿Qué hacen los señores militares argentinos y uruguayos por encontrarlos? Que responda don Aparicio Méndez con su cauda de años arresando y Jorge Rafael Videla, con su traje nuevo de corte estilo Cardín. Que tome cuenta la Casa Blanca, cándida creyente de la insidia de tan hipócritas personajes.

Lo importante es frenar la coordinación represiva que las dictaduras han establecido y que permite a sus agentes actuar con impunidad fuera de sus territorios, sembrando la muerte y el terror. De aquí que la denuncia de estos hechos y la presión de organismos internacionales, sobre especial importancia, dado que, por las circunstancias actuales, puede ser el único elemento para salvar las vidas de miles de militantes que están en manos de gentes que han hecho del crimen su oficio de todos los días.

Pasa a la Página 14